

HISTORIAS QUE SE CRUZAN



Tres tambores perdieron un corazón

El consejo Editorial de La revista Karebarro desea, en esta sección, dedicar un merecido homenaje a la figura y el legado de un gran profesional. Extraordinario artista, músico, padre, esposo y amigo incondicional. A Guillermo Baldelomar Campos (q.e.p.d) cuya alegría, vitalidad y grandeza, deja un profundo vacío en nuestros corazones, en la Universidad Nacional Agraria y en la música nacional. Dedicamos esta semblanza personal en tres estilos, tres percepciones diversas y coincidentes a un solo tono, de lo que significó para nosotros la pérdida y el paso por nuestras vidas de Guillermo Baldelomar Campos, nuestro hermano.

Aurelio Núñez Martínez

— ¿Y quién les ha dicho a ustedes que pueden cantar?— Nos dijo— mientras dejaba salir una de sus inolvidables carcajadas.

—Profe, entonces ¿Cómo le hacemos?

— ¡No se “agueven” solo estoy jodiendo!

El profe Memo como lo conocíamos cariñosamente, era la personificación de la alegría misma, nunca estaba serio, salvo esos momentos en que un espíritu lo poseía y se convertía en otro ser, un ser en comunión con el compás y el canto que respira la música.

—Taka, tataka, pam, pam, pam, ... prapa, papapa-pum-pum.

Sus tambores no dejaban a ningún cristiano sin mover alguna parte del cuerpo. La energía que creaba se

apoderaba de cualquier lugar. Era el perfecto comodín. Empuñaba una guitarra, tocaba el bajo, las congas, en fin, a cualquier trozo de algo le sacaba ritmo, y su voz, lograba tonos desde altos a graves tan fácil que ninguna canción se escapaba de ser interpretada por él.

— ¡Y usted anda en todo ticher!

—Ya no sabes chavalito, aquí hay que ser “PTM”

El profesor Guillermo era un “todólogo”, cuando no impartía clases de música lo podías ver arreglando tambores, fabricando instrumentos precolombinos, reparando vehículos o ideando formas ingeniosas para disminuir el ruido que se escapa del salón de música a la hora de los ensayos.

Apasionado como él solo. Cuando nos reuníamos el equipo de trabajo para hablar acerca del concepto artístico de las diferentes puestas en escena, él se emocionaba y hacía numerosos aportes desde su gran capacidad creadora.

— ¿Y ahora que hace profesor?—Le dije— mientras observaba la paciencia con que cortaba trozos de tubos PVC en el salón de música.— Aquí hombre, ustedes me salen con su loquera, yo “agarro la gran vara” y me pongo a alucinar también.



Garganta de Cenzontle

Ana Victoria Borge Medina

Morir con elegancia en Nicaragua es imposible. Pedirle al creador un lugar privilegiado en la lista de *mil maneras de morir con dignidad* sería una herejía para ciertos artistas de este país. Sería increíble poder burlar a la parca y decirle con tono tranquilo: "Lo siento" hoy no es un buen día para morir. Razones siempre sobran, porque, con excepción de los cobardes, los suicidas, los asesinos, los fumadores, los bebedores, el resto de mortales, vivimos aferrados a la existencia, y no porque de alguna manera adoremos vivir esta vida cargada de miserias e ingratitudes humanas, sino más bien porque de nuestro trabajo y de proveer a nuestras familias, penden de un hilo también sus vidas.

Hace poquito menos de un mes nos partíamos de la risa con el *Flaco Memo*, como una de tantas veces que nos burlamos de las miserias humanas, por su trabajo más reciente "Memo el vende Bolis". En aquella ocasión le dije: — Flaco deberías componer la última versión de "Quincho Barrilete", vos en el papel de *Quincho*, cuarenta años después, cantante, percusionista y vendedor de bolis, no en los buses, sino en tu moto, y en vez de "Open Tres", lo cambiás por Ciudad Sandino, donde vos vivís ahora. Se partió de la risa el *Flaco* y salió volado en su moto— Voy a pensarlo— me dijo.

EL *flaco* fue enterrado al final del cementerio general, allá donde descansan sin descansar los que no pagan

impuestos. Murió atropellado por un *freightliner* en su moto cargada de bolis para ganar 25 centavos por bolsita —Me va bien— Me decía— Hay semanas que me gano hasta mil pesos, termino temprano, a las dos o tres de la tarde, aun me queda tiempo para jugar con mis chavalos, y llegar temprano a los "Chivos" (Toques) de fin de semana".

¡Guillermo!—solía decirle—vos sos el marido perfecto, ¡todo sabes hacer! desde los quehaceres domésticos, arreglar el carro, sembrar vegetales, hacer un pozo, remendar un viejo tambor, secar al sol una destartalada conga y volverla a la vida, y —¡Dios mío!— nadie toca como vos los tres tambores Garífunas, quizás hasta mejor que los negros de Orinoco; y para suerte de cualquier mujer, llegas bien temprano en la mañana, ya cuando ha despuntado el día, cansadísimo, te dormís y no molestás a nadie.

Debo dar gracias al universo porque hiciste buena escuela en todo el territorio nacional, y estoy segura que tus pupilos sabrán hacer méritos y presumir de maestro.

Jamás volverá a apagarse tu vos aguda, haremos sonar tus congas con más fuerza que nunca, repicaran los tambores garífunas para cantarte y acompañarte en tu camino a la eternidad. *Juuya luma, sumudu, uu ma da.....*

Ariel salinas Sequeira

En un cofre aislado mágicamente de la dura realidad externa, como sucede con el teatro (siendo espectador) mientras estamos viviendo el mundo del escenario, mientras afuera esperan las dolorosas aristas del universo diario; esas cosas que inevitablemente golpearan apenas se apaguen las velas y quede abolido el hechizo de la vida y así como en el teatro, en algún momento el mundo externo logra llegar atenuado en forma de lejanos ruidos: un bocinazo, el rugir de un vendedor, el silbato de un agente de tránsito; así también llegan hasta nuestras conciencias, inquietantes susurros, pequeños hechos, algunas frases que dan vuelta en la mente, e inevitablemente el reconocimiento empecinado de su rostro, sus gestos, su voz.....

Así caemos a tratar de reconstruir su boca grandilocuente, sus dientes en forma de Patagonia, sus orejas entrenadas a definir música, el cuerpo de mantis religiosa a punto de saltar de improviso; realmente no describo a la muerte si no a “memo” (al final somos representación física de la muerte) un ser al cual encajaba perfecto el alma con la materia, que poseía su carácter: fumando sin permiso de médicos y sorbiendo su canción a ciegas.

Después de la escena tratamos de comprender su paso por el mundo, el aporte que ha dejado entre nosotros, los segundos que alimento a la vida, con sus “jodederas”. Ese ser humano imperfecto que con su música trató de perfeccionar su entorno, de apaciguar la miseria humana

con el canto; pero la muerte tiene más oxígeno que nuestro entusiasmo por vivir. Corremos en este maratón donde el ganador ya está previsto. No es posible rebasar a ese competidor que nos arrebató el trofeo de la vida (un trofeo que nunca será de nosotros).

A los que aún estamos en las olimpiadas, solo nos queda ver cómo van cayendo los corredores que han compartido el desgaste del tiempo, los pleitos insobornables, alegrías a medias, frustraciones longevas, aspiraciones sin ruedas; vemos alrededor y afirmamos que ya no está con nosotros. Tal vez esta desde las graderías esperándonos para rehacer las tertulias terrenales, o quizás simplemente nos quedemos recordándolo a capítulos después de muerto.

Esta es una impresión inmediata de cómo se nos arrebató el aliento, perseguidos por un delincuente que nos intimida en la calle, de cómo la muerte nos llega a desalojar del cuerpo que nos ha rentado y esa casa(el cuerpo) queda deshabitada: sin muebles, sin luz, sin agua, en silencio absoluto; la casa queda inerte representando un muñeco de hule sin cuerda, atiborrado de algodón en la boca y oídos, resignado a no hacer música, a no componer sus notas, a no cantar, a no poder protestar, o ganarse la vida que le ha quedado hipotecada para siempre.